

Tres Cuenteretes

AB ETERNO

Por: Eduardo Badía Serra*

Al “Chico” sabíamos llegar, in illo tempore, cotidianamente, a eso de las cinco y media, acomodándonos en el “apartado” de siempre, pues siempre estaba vacío por ser temprano aún para esos menesteres. De ahí no salíamos sino a la medianoche, cuando a veces el cielo estaba poblado de estrellas dispersas en su azul profundo y limpio, o igual cuando semejaba una negra y densa capa presagando tormenta o desatándola ya, lo cual nos obligaba a bañarnos impertinente mientras cubríamos el camino a nuestras casas.

Illico, como siempre, ya estaba él allí, abutacado, fumando desafortadamente, estirado, suelto, con el sombrero caído hacia el lado pero cubriéndole elegantemente la cabeza, sin faltarle el corbatín de fuertes colores y el «pull-over» abotonado dejando sólo entrever el cuello de la camisa, siempre blanca. Como era alto, destacaba, y como era conocido por su brillante erudición, siempre le respetaban. Al momento de llegar, ya había despachado el primer par de tragos, y no dejaba de mascar los trocitos de caña o de pasar el amargor del salado jocote de azúcarón que nos servían para acompañar las bebidas. Era siempre él, pues, primo ocupandi.

Hablábamos, como él decía, ab hoc et ab hac, y más bien discutíamos de las incontinencias de la vida pública y del futuro impreciso y difuso, mientras íbamos aguarapando nuestros pensamientos y tejiendo telarañas dentro de nuestras cabezas, hasta que efec-

tivamente ya suficientemente nublado el entendimiento decidíamos, en acto puro, retirarnos para, evitando el exceso, poder volver al día siguiente, manteniendo así la consuetudineriedad. El profesor era un experto en los latinazos, y a nuestros argumentos daba el sabor alegre cuando los redondeaba con el sello de su sapiencia, espetando alguna frase que, siempre por no entender, debíamos después pedirle explicar, lo cual él hacía siempre bona fideo. Para nosotros, estar con él era como una especie de estar ab apertum Ubri, y ello nos llenaba de alegría y ánimo. No recuerdo cómo se originó el primer encuentro, pero estoy seguro que fue enteramente casual.

Al magro asunto de la vida citadina, saturada de rutina y aburrimiento, le sabíamos encontrar casi siempre argumentos suficientes para el diálogo y la discusión. “Lo que ustedes buscan no es otra cosa más que pretextos para el gaudeamus igitur de todos los días”, nos decía nuestro mentor amigo con un dejo acusador pero a la vez contemporizador. Sensu lato, también él gustaba de aquella especie de carpe diem que en sus últimos años probablemente se le tornaba más urgente. Y como, la verdad, ya venía de transitar mucho más que nosotros por este valle de lágrimas, a menudo sabía complementar nuestros conocimientos sobre los variados asuntos, con los suyos, que eran, sí, mucho más amplios y detallados, y que nunca, a pesar de utilizarlos posteriormente nosotros mismos, discutíamos, pues habíamos ya aceptado que lo que él nos decía era sin discusión alguna, magister dixit. Conocía tantos hechos políticos e históricos, la vida y milagro de muchas familias, muchos personajes, públicos y privados, y con ello, delicados secretos de damas y caballeros sobre casos que se habían dado dentro de la sociedad, particularmente de la alta, los cuales, cuando se daba la oportunidad,

* Dr. en Química Industrial, Licenciado en Filosofía, escritor, empresario y miembro del Senado Consultivo de la Universidad Tecnológica de El Salvador (UTECS), actualmente se desempeña como auditor académico de esta institución académica.

cia que en algunos se manifestaban ya avanzada la noche, sabía sucederse de cuando en vez, y que algún dinerillo le costaba que pasara inadvertido.

Acudimos el día siguiente, dejando aliado nuestras obligaciones laborales, al Colegio en el que laboraba el amigo Maestro. No sabían nada sus socios y colegas. Nos acercamos por la policía, pero negándolo todo, las expresiones de los agentes del orden fueron claras y manifiestas en hacemos entender lo impropio de nuestro interés por el caso. Así transcurrieron un par de semanas, y siempre, a eso de las cinco y media de la tarde, cuando nos acercábamos al sitio acostumbrado, sentíamos un vacío profundo en el "apartado" en el que solíamos desarrollar nuestra acostumbrada y consuetudinaria conversación. Se ausentaron los latinazos, las

ampliaciones a los argumentos, los datos, los secretillos que enriquecían y jovializaban el conocimiento de las cosas y de los casos, satisfaciendo nuestro morbo, pero sobre todo, la presencia amena y erudita del profesor.

El viejo marchante del "Chico" se tornó más, amigable, más solidario, sin llegar al extremo. Algunas veces nos enviaba viandas especiales para acompañar la copa, y al volver nosotros a verlo como interrogándolo, nos contestaba con una sonrisa mientras barajaba entre sus regordetas manos los papeles donde detallaba el estado de las cuentas de cada uno de los presentes, cuentas que, al margen de las a menudo confusiones que se daban en el lugar, manejaba sin la menor de las equivocaciones.

Nos enteramos entonces que el Maestro era un hombre muy respetado, y que sus alumnos, conjuntamente con sus socios y colegas, desde el viejo caserón del Colegio, habían hecho infructuosas pero persistentes gestiones para averiguar su paradero. Nunca se supo más de él. Su nombre comenzó a aparecer en periódicos y en panfletos contestatarios. La gente, comenzó a leer su dispersa obra.

"Y nosotros, que lo tuvimos tanto tiempo acompañándonos a diario en nuestras libaciones, llenándonos de sabiduría, de luz" de sapiencia, ya no pudimos gozar de la dicha de verlo, al llegar, ya sentado, apoltronado sobre la vieja silla del "apartado", alto como era, fumando desafortadamente, su sombrero tirado al lado, su corbatín brillante de colores, el infaltable "pull-over", y en su mano, la copa llena del blanco licor, lista al sorbo después del cual nos haría un mutis para corregir el dato, o para ampliarlo, o para recordarnos que la hora había llegado, y que sobre la ciudad se había depositado una densa nube, que, bajando del cerro, presagjaba rauda una fuerte e interminable tormenta, de la cual probablemente nunca lograría salir sino "sque ad cineres."

Seguramente el viejo Maestro se fue, sin siquiera saber nuestros nombres y nuestra procedencia.





dudas, las urgencias, así dormido como se quedó. Para la olla da de café sí hubo, ¡Cómo no!, y para la platicadita con los compadres y las comadres, con los entenados y los vales, con los ñeros y con los entradores... Se murió Juan sin entender el Dow Jones ni las tarjetas de crédito y de débito.

Un día, a la pobre Juana se le murió la vaca con todo y ternero al momento de parirlo. Adios la leche, adios los reales que el topetero le entregaba a las cinco de la mañana, adios semilla y aperos para el maíz sucumbido entre frijolares y maicilleras. Ya no hubo. La Juana no parpadeó. Esas cosas se esperan de un momento a otro. Habían tres o cuatro gallinas, un par de gallos, la tunca bufona medio engrasada tirada siempre en el lodo, y sobre todo, la yunta con su yugo, su carreta y su arado. Rápido llegaron los interesados, le dieron un buen fajo de pesos, para ayudarla y en recuerdo del pobre Juan que había sido su ñero, la aconsejaron y la lograron convencer de venderles el terrenito de un par de tareas con todo y el rancho macilento y su tabanco

> hediondo a pita podrida y miel aguarapada de tanto destilar panela. De tal forma que no movieron nada, todo quedó en su sitio, en el mismo puesto de siempre, menos la Juana y el Juanito.

Agarraron el fajo de billetes, armaron un par de tambaches, y salieron una madrugada. Obedeciendo consejos, se fueron para los yunaites.

Ah, pobre Juan. Si hubiera conocido el Dow Jones.

3

Marta se lo dijo todo a Luisa. Esta, al otro extremo de la línea, escuchaba su voz sofocada y ansiosa, intuyendo que deseaba apresurarse y terminar de contarle todo lo antes posible, para esperar los respectivos y seguros comentarios. Marta se agitaba a medida que la situación se aproximaba al desenlace, y a momentos la trama se tornaba tan fuerte y delicada que casi llegaba al tránsito de una convulsión.

Luisa escuchaba, y aunque no la veía, la adivinaba, dibujándola en su mente con toda precisión. Y es que el caso no era para menos. Si Rosa tardó en lo propio, Marta la superó. La llamada fue larga, larguísima. Luisa, al final, debió prometer bajo su propia palabra que guardaría el secreto a cualquier costo. Colgó. No hizo ningún comentario.

4

Por la mañana, Luisa llegó al trabajo más temprano que de costumbre. Ana ya estaba ahí, ordenando papeles y distribuyendo tareas para que estas estuvieran listas al momento de inicio de las labores. Le pidió unos momentos, sólo unos pocos minutos. Se sentaron, la una frente a la otra, escritorio de por medio.

Ana se relajó lo necesario, disponiéndose a escuchar. Comenzó el relato, esta vez hecho en forma orgánica, sostenida, clara, precisa, sin dejar lugar a dudas e incontinencias... Todo hilado, eslabonado con finura. Por supuesto, para poder hacerlo así debió Luisa tomar más tiempo, ayudándose con gestos, con sonrisas, con frases dichas en baja voz, casi en susurros, como queriendo que ni su misma interlocutora las escuchara. Solicitó opiniones, que Ana evitó dar tratando, como estaba, de absorberlo todo sin perderse el más mínimo de los detalles. No fue posible que Ana ocultara su sorpresa, su indignación, su desaliento.

Justo cuando la gente comenzó a llegar, Luisa, haciendo un gesto de satisfacción, concluyó su relato y calló. Ana, confundida, aturdida, descontrolada, e indudablemente preocupada, se levantó, le flaquearon las piernas por un instante, se apoyó entonces sobre la superficie del mueble con ambas manos, se sostuvo así lo necesario, recuperó sus fuerzas, esperó aún así un corto momento, y se despidió con un sentido beso en la mejilla de la amiga, que le había demostrado tanta confianza al revelarle, a ella, sólo a ella, tan grave intimidad. Previo, juró callar para siempre tan importante secreto.





7

Así no se puede vivir. Ciertamente son bellas, Rosa, Marta, Luisa, Ana, Nora. Cariñosas, amorosas, sensuales, delicadas, a veces caprichosas, exigentes, pero tan dulces y complacientes, sensuales, juguetonas, ariscas, ddivivas, tiernas, sueltas, llenas de sorpresas, siempre dispuestas, astutas al hacer el amor, cálidas, lúcidas, libidinosas. Sí, lo reconozco, no puedo negarlo. No las amo pero las necesito, y cuando no están, las extraño. Sin embargo, siempre me buscan, no me desdennan ni me desprecian como saben hacer otras, nunca se me ocultan, siempre están listas, suiles, hambrientas, sedientas, ruborosas. No, si así es, no debo decir que no, no puedo. Debo reconocerlo.

Pero esto que me han hecho no es admisible, es intolerable, no se los puedo permitir, ni a Rosa, ni a Marta, ni a Luisa, ni a Ana, ni a Nora. Hacerlo sería un grave error, gravísimo, una falta a la disciplina que me haría dudar de ellas. Por eso, ahora que las he encontrado en mi aposento, confabuladas, orquestadas, listas para humillarme y mancillar mi honor, me he decepcionado de ellas y las he rechazado.

¡ Es que así no se puede vivir!
